

HABÍA en un lejano rincón de China, allí por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, cierta gran aldea llamada Siké, regida por mandarines, en la cual acaeció la historia que te voy a referir, Rolando, a condición de que la retengas en tu privilegiada memoria —pues la memoria es el principal auxiliar para los que han de gobernar a los pueblos— y tú, Rolando, tienes delante de ti grandes expectativas y todas las puertas abiertas, excepto las de la cárcel, que serán para tus víctimas.

Pues bien, en dicho rincón de la China, los hombres eran muy belicosos. Se armaban unos contra otros por quítame allá esas pajas. Las guerras civiles se sucedían con lamentable frecuencia. Morían muchos en cada una de ellas. No habían faltado grandes mandarines que pudieran haber hecho la felicidad del pueblo de Siké, pero ellos mismos, los habitantes, se habían encargado de esterilizar sus labores. Ante la amenaza de una disolución y de que el fuego del cielo arrasara la aldea y aniquilara a sus habitantes acordaron un día dar tregua a sus pasiones y elegir de común acuerdo un mandarín que fuese aceptado por todos. El designado fue Chin-Kau. Una tarde, cuando empezaban a caer las hojas de los ciruelos y el arroz empezaba a crecer, el Gran Consejo entregó el gobierno a Chin-Kau; por haber vivido muchos años lejos del pueblo, por su reconocida honradez, por su notable competencia, por su espíritu generoso y benévolo, era la esperanza de Siké. Cuando el gran consejo lo ungió, todo Siké aplaudió el ungimiento. Los altos dignatarios, las más discretas damas, la juventud sana, los sacerdotes de Buda, y hasta los más humildes laboreros dejaron aquel día sus arrozales y se dirigieron al palacio de Chin-Kau a darle el saludo. Desde el más alto y gordo juez hasta el más sabio sacerdote y el más infeliz y flaco chino de Siké concurrieron a las fiestas; se quemó innumerable cantidad de coheteillos, se representó en el teatro grandes dramas legendarios y el espíritu nacional vibró en Siké, con extraordinaria fuerza. Se alababa la prudencia, la sabiduría, la honradez, la generosidad y hasta la belleza física de Chin-Kau —que era feo— porque los habitantes de Siké parecían hijos directos de Chun-Chun, el dios del servilismo.

Cada decreto de Chin-Kau era motivo de las loas y regocijo público, durante los primeros días. Pero como los de Siké eran por constitución inconstantes, se cansaban de adular como se habían cansado de guerrear y un buen día comenzaron a hacerle el vacío a Chin-Kau, pero por lo bajo. Chin-Kau por su parte no se daba cuenta de estas cosas. Distanciado de la facción de los chincané por los chismes continuos de los batikau se consagró a labrar la felicidad de Siké. Les arregló las cuentas, les dio leyes,

les administró con religiosidad los caudales públicos y todo iba a pedir de boca. Chin-Kau era confiado y no temía a nadie, pero esta confianza se la infundía su primer general, Ton-Say —que en castellano quiere decir junco flexible, porque así le llamó un historiador enemigo—. De la misma manera que Chin-Kau confiaba en Ton-Say, Ton-Say confiaba en su primer lugarteniente, el famoso Rat-Hon, famoso porque se había encontrado en una escaramuza contra el enemigo extranjero, donde los que murieron se vieron despojados de sus méritos por Rat-Hon. Rat-Hon había sido como el hijo predilecto del Gran General Ton-Say, el cual le había dado todo lo que Rat-Hon había menester, desde su borrascosa mocedad.

Un día llegó a la Corte la noticia de que se conspiraba contra Chin-Kau y que el principal conspirador era Rat-Hon, Chin-Kau llamó a Ton-Say, Ton-Say llamó después a Rat-Hon, pero no se atrevió a acusarlo. Pero las noticias eran insistentes y hasta tal punto que Ton-Say se indignó contra los que se las traían, atribuyéndolas a envidia. Cuando Chin-Kau volvió a llamar a Ton-Say, Ton-Say le dijo que respondía con su vida de la lealtad de Rat-Hon. Insistió nuevamente Chin-Kau en que se conspiraba y entonces Ton-Say, casi avergonzado, llamó a Rat-Hon y le comunicó lo que ocurría. Rat-Hon, oyó en silencio, entristeciose y dos redondas lágrimas cayeron de sus ojos desviados. Tembloroso, sólo pudo contestar entrecortadamente:

—Por los arrozales sagrados de Kay-Pen, por las sabias máximas de Confucio, por los crepúsculos rosados de Hayty, por todos los cerezos en flor de los Siete cielos, por los colmillos del elefante gordo de Buda, oh, ¿cómo puedes concebir, gran general y padre y jefe mío, que yo pueda conspirar contra la estabilidad del magnánimo y sabio Chin-Kau, a quien le acabo de pedir un puesto para uno de los míos? Tu reproche entristece mi alma como la caída del sol entristece el mundo... ¡Ay! Yo me moriré de pena...

Ton-Say se conmovió con la respuesta de Rat-Hon. Otras dos lágrimas igualmente gordas cayeron sobre los pómulos de Ton-Say y sólo pudo agregar:

—Te envidian, Rat-Hon, y por eso te calumnian...

—Puedes dormir tranquilo —dijo retirándose conmovido Rat-Hon.

Ton-Say se dirigió a donde el Gran Mandarín Chin-Kau y le repitió las frases de Rat-Hon, agregándole:

—Podemos dormir tranquilos, Gran Señor.

Chin-Kau durmió aquella noche en el palacio de Siké y Ton-Say en el Castillo, rodeado de su ejército. Pero he aquí que cuando la noche cayó sobre la ciudad y cuando las tinieblas eran tan negras como el alma de Rat-Hon, unas sombras se dirigieron hacia el dormitorio del general Ton-Say, deslizándose suavemente y con revólveres y

carabinas que les habían dado para defender la integridad y la soberanía y las leyes de Siké, asesinaron el dormido cuerpo del heroico General Ton-Say, convirtiéndolo en una verdadera papilla. Después, otras legiones, capitaneadas por Rat-Hon, se dirigieron al palacio, atacaron a Chin-Kau, lo deportaron y lo asesinaron a disgustos. El autor de todo este proceso de cosas vituperables fue declarado mandarín y Rat-Hon subió al poder, por el servilismo, la cobardía y la confabulación pecaminosa de los habitantes de Siké.

En el gobierno, el nuevo y falso artero mandarín puso punto y raya a todos sus antecesores. No hubo pecado del cual no se le pudiera acusar con fundamento. Apropiose de la hacienda común el que antes no tenía un junco, compró arrozales, adquirió casa, hubo servidumbre; derrochó entre los suyos los bienes de los demás y las contribuciones de los de Siké pasaron a ser cuentas corrientes en los bancos; vendió en ventas deshonestas muchas propiedades del Estado; encarceló a los vasallos, violentó la leyes, ultrajó la libertad, quemó, saqueó, extorsionó, no hubo institución ni persona que no tuviera que reprocharle algún manejo innoble. Su gobierno era como una banda de elefantes paseando por un jardín de crisantemos. Los habitantes de Siké lloraron amargamente la lejanía de Chin-Kau, pero ya no tenía remedio, Chin-Kau acosado por sus enemigos había exhalado en el extranjero el último suspiro. Rat-Hon fue ascendido a Gran Mandarín por los miembros corrompidos del Consejo de Siké.

La acción vituperable de Rat-Hon, para con el mandarín Chin-Kau y para con el gran General Ton-Say, hizo escuela en Siké. Desde aquel día todos los lugartenientes quisieron seguir las huellas de Rat-Hon. Y su desarrollo y consecuencias, que fueron interminables, serán motivo de otro capítulo. Porque todo está escrito en la memoria de los hombres. Por fin, un día, cansado y cuando no quedaba un yen en las arcas de Siké, Rat-Hon dejó el gobierno. La opinión pública de Siké lo condenaba, pero el Gran Consejo senil y corrompido, cobarde y débil, nombró una comisión de amigos de Rat-Hon para que le tomaran cuentas. Como en Siké los precedentes tenían valor de leyes, porque las leyes propiamente no existían, y los habitantes de Siké tienen mala memoria, la comisión no dictaminó nunca. Las fechorías de Rat-Hon quedaron impunes durante todas las dinastías que se sucedieron en el mandarinato.

A tal punto estaban invertidas la moral y las buenas formas en la gran aldea china de Siké, allá en los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín.

En el próximo capítulo se verá los resultados que tuvo la acción y gobierno del mandarín Rat-Hon en los destinos de Siké.

Ta-Ku-Say-Long

Exdirector de la Biblioteca Nacional de Tokio, condecorado con el Dragón Rojo, oficial

del Crisantemo Azul.